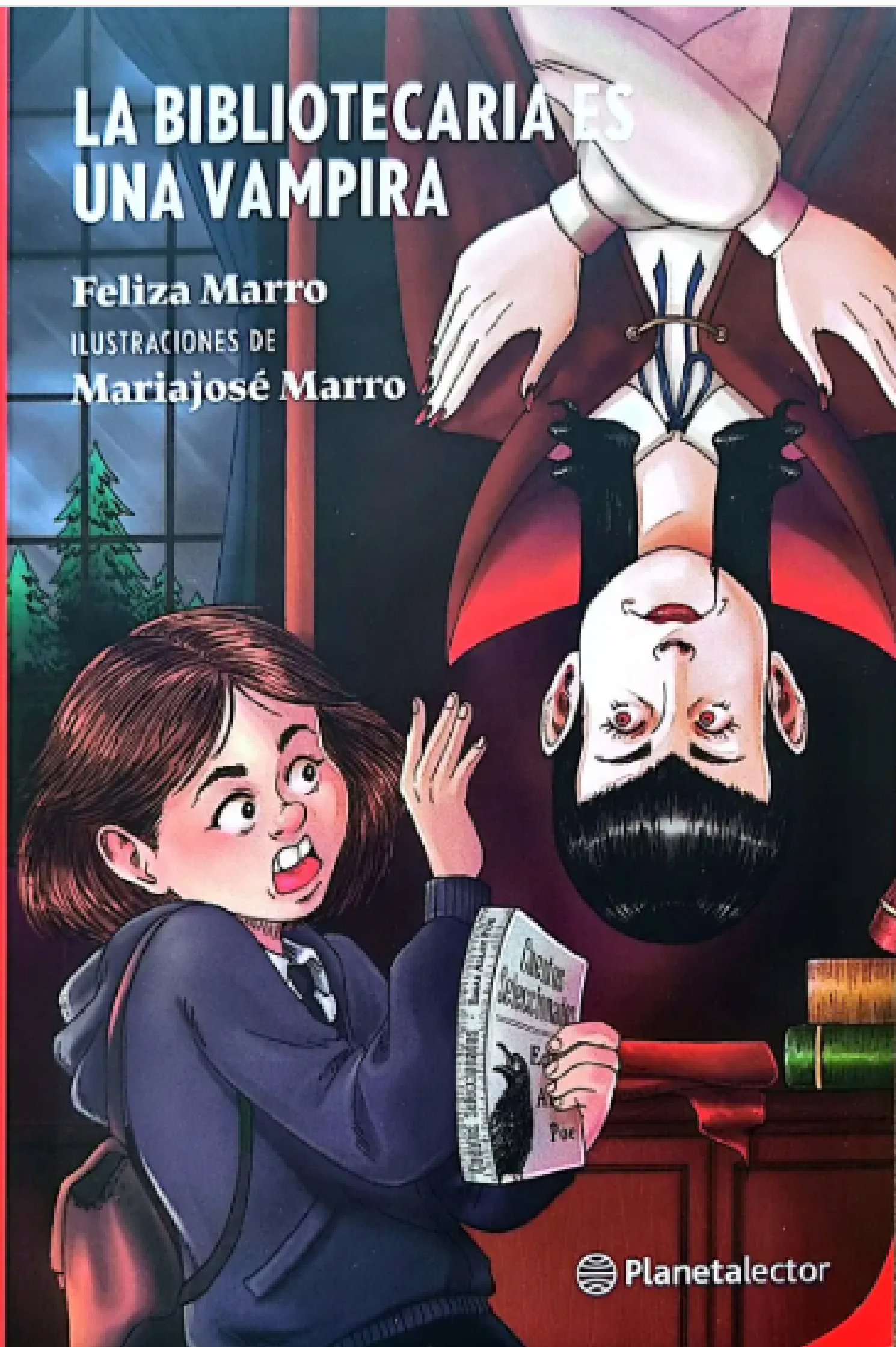


LA BIBLIOTECARIA ES UNA VAMPIRA

Feliza Marro

ILUSTRACIONES DE

Mariajosé Marro



NUESTRO REFUGIO

En esa época nadie iba a la biblioteca, siempre estaba cerrada, y los que íbamos, solo pasábamos a jugar y comer a escondidas entre los libreros más desordenados que alguien haya visto jamás.

Los estantes servían para nuestras rutinas de escalada mortales y lanzamientos al vacío. Todas las repisas estaban interconectadas por autopistas de moho y telarañas, y las montañas de libros nos servían para crear colchonetas de papel y túneles imaginarios. Así era nuestro refugio, el lugar perfecto

para divertirse y hacer mucho ruido... hasta que dejó de serlo.

El día en que llegó la señorita Fifi Chonchillos, el mundo cambió por completo. Me refiero a nuestro mundo secreto, oscuro y desordenado que era la biblioteca. La presentaron como una escritora desconocida que tenía el potencial de rescatar lugares como estos y, al principio, todos parecían fascinados con ella. Era como una salvavidas, solo que no estaba salvando nuestras vidas, más bien las estaba arruinando desde el momento en que pisó la biblioteca con sus botas de goma extra grandes, su tez blanca como el yogurt natural, su sonrisa malévola y sus lentes color rojo sangre. Ese lunes, todos presenciamos el amargo momento en que ella sacó su aerosol de lavanda, paños con cloro, plumero y escoba para entrar en acción.

Nuestro refugio estaba siendo transformado en pocas horas, y ver cómo sucedía era horrible.

En los recreos fuimos a espiar cómo aquella mujer removía nuestras queridas telarañas, sacudía y sacaba las cortinas mohosas, limpiaba los libreros llenos de caca de rata, abría las ventanas y convertía aquella sala tan oscura y húmeda en un rincón celestial lleno de luz y olor a lavanda. ¿Qué podíamos hacer para recuperar nuestro espacio?

La pena nos embargaba, pero no nos quedamos sin hacer nada. No, sabía que esta emergencia requería medidas especiales, y yo, Wilomena

Delgadillo Ostra del 5°C —presidenta de curso y la mejor en vocabulario por tres años consecutivos—, juro hacer todo lo que esté en mi poder para sacarla de nuestro refugio secreto. ¡He dicho!

TAREA DE GRUPO

La señorita Chonchillos llegó el día lunes 18 de abril y el plan era sacarla en el menor tiempo posible; dos semanas como máximo. Primero debíamos averiguar más sobre ella, y lo digo en plural porque no es trabajo para una, tengo un equipo de expertos. Chicos y chicas geniales con habilidades únicas y con un lazo en común: el refugio que descubrimos juntos. Ya hablaré de eso más adelante.

Este es el club del refugio y yo soy su líder, así que tiendo a mencionarme primero, pero sin querer; es que eso de tener un nombre que inicia con W

siempre te deja al final de cualquier lista. Por eso quiero aprovechar este momento de inspiración para anunciar nuestros roles en la recuperación de nuestro paraíso secreto.

Yo y mi amiga Julia Mena, quien tiene el mejor promedio y también es la tesorera del curso, investigaríamos acerca del pasado de Fifi; seguro es bien oscuro y escabroso (¡Oh! ¡Cómo amo esa palabra! Con ella gané el último concurso de vocabulario). Chomi Niglobito es el chistoso/poético del grupo; el niño que llena siempre las hojas con anotaciones negativas por sus atrevimientos líricos, pero que, a la vez, es un excelente lector. Su misión sería leer todos los libros de Fifi para averiguar sus puntos débiles. Por último, Andrés Seco y Michi Ananá, mejores amigos desde el kínder, le conversarían para distraerla de sus labores y arruinar el orden. Eran especialistas en el bla bla y serían vitales para nuestra misión.

El club estaba listo para entrar en acción y nada ni nadie nos detendría. El timbre del primer recreo del martes 19 de abril fue nuestro punto de partida. Sin embargo, algo no andaba bien. Primero, un montón de cajas con cartuchos de tinta para impresora nos impidieron la entrada a la biblioteca. ¡Jamás alguien había pedido tanta tinta! ¿Acaso la nueva bibliotecaria planeaba imprimir copias de sus ignotos libros allí dentro?



En ese momento, la siempre alterada directora, Nelsa Acedo, andaba por el pasillo y observó todo con cara de asco y espanto; un rostro igual a una rebanada de mortadela chamuscada, pero «con valores», porque así se definía a sí misma: «una mujer de valores». Verla recibir la docena de cajas de tinta la hizo rabiar todavía más, y pensé que le diría algo, pero solo tomó nota en su libreta y dijo:

—Esa novata. Pfff. Nadie autorizó eso... —gruñó para sus adentros y se alejó con prisa. Tal vez tenía otra emergencia porque su celular le retumbaba en la nalga, dejando a la vista una ola que cruzaba todo su enorme cuerpo de pulpo.

Mientras tanto, yo y Julita navegamos en internet por un buen rato, pero no pillamos nada sospechoso. Tampoco en sus redes sociales. Fifi solo tenía fotos de libros, panorámicas aéreas, esos bichos raros llamados chonchillos (como su apellido) y decenas de imágenes de frascos de tinta de distintos tamaños y colores. Un vago avance de investigación. Aquí aplica una carita triste ☹. Lo mejor de hoy vino gracias a Chomi. Diría que fue extraordinario. Lo vimos llorar de emoción al leer los tres primeros capítulos de una novela que Fifi Chonchillos había escrito sobre un niño que se convertía en un roedor gigante. Se la pidió a un amigo y la sigue leyendo y tomando anotaciones, como si fuera para una prueba real.

En cuanto a Seco y Ananá, mejor conocida como Piña, la cosa fue desalentadora. Ninguno logró hacerla hablar mucho, ni menos distraerla para hacer desorden, porque sus «imbatibles preguntas de inicio de conversación» no les habían dado resultado: ¿Dónde nació? ¿Por qué vino a trabajar aquí? ¿Qué soñó anoche? ¿Le gusta el chocolate? Según ellos, ninguna recibió una respuesta larga. La intrusa/bibliotecaria solo respondió: en el planeta Tierra; me gustan las bibliotecas; con un montón de ratas; Sí... Sonó demasiado breve para ser un ser humano.

Al reunirnos al final de la jornada discutimos sobre los paupérrimos avances que hicimos, mientras Chomi terminaba el libro de Fifi con los ojos inundados de lágrimas. De repente, apretó los puños y se tomó el corazón con la mano. Creímos que algo trágico le sucedería, pero en cambio solo dijo:

—Estoy inspirado, conmovido. ¡Quiero ir ahí y abrazar a ese roedor! —habló secándose toda su cara, y luego concluyó—. No veo nada malo en ella, NADA. No la sacaré de la biblioteca. Quiero ser su amigo. ¡Quiero ser escritor! ¡Adiós, borregos!

Y así fue como perdimos al primer integrante del club del refugio.

CON RESPETO

Al inicio del miércoles 20 de abril, las cosas se veían algo difusas y poco esperanzadoras. En parte por la niebla y en parte porque todo el mundo parecía ceder ante el orden, la belleza y la limpieza de la nueva biblioteca. Y mi club no era la excepción.

Chomi ya estaba descartado. Él iba a cada rato a conversar con la señorita Chonchillos para preguntarle acerca de su vida, sus libros, y contarle sobre sus cuentos de dinosaurios veganos. Seco y Piña de pronto parecían haber olvidado la misión y solo iban a la biblioteca a sentarse para mirar por

la ventana, conversar y apreciar los árboles que rodeaban la cara trasera del colegio, y que nunca antes habían visto, porque las cortinas estaban tan feas que nadie las tocaba. Del grupo, solo Julita y yo quisimos seguir con la misión. No sé si ella lo hizo porque somos amigas o porque de verdad creía que podíamos echar a la mujer más pálida del mundo, pero algo tenía tramado... porque de la nada sorprendió a los presentes al acercarse al escritorio de la bibliotecaria y saludarla con una reverencia exageradísima.

—Hola, señorita Chonchillos, ¿ya se pueden pedir libros? —dijo Julita con el tono más inocente que le había escuchado jamás; en general era bien seriota.

—A partir de hoy, sí. Toda la literatura infantil y juvenil está organizada. ¿Tienes tu carnet de biblioteca? —Respondió con una voz melódica, suave y cariñosamente baja. Creo que me recordó a un algodón de azúcar—. ¿Tienes tu credencial de biblioteca? —Volvió a decir, esta vez un poco más alto.

—No —respondimos las dos. No sé por qué me metí en la conversación, supongo que quería saber a qué iba Julita con la pregunta.

—Yo les haré una credencial —afirmó la bibliotecaria con un nivel de compromiso que desconocía—. ¡Qué bueno saber que quieres leer! Por eso he organizado todo.

Y vaya que sí. Lo que antes eran dos libreros caóticos, roñosos y cochinos, ahora eran dos estanterías bien iluminadas, con divisiones por categoría y cientos de libros ordenados de acuerdo al número que salía en su lomo. Era una imagen irreal, casi ni podía recordar que hace sólo una semana me había trepado hasta arriba para gritarle al mundo que era la reina del refugio... pero claro, ya no lo era. Entonces, Julita me pellizcó el brazo y me mostró sus frenillos, como para que la luz reflejada en ellos me despertara para regresar a la conversación. Luego carraspeó.

—Ajám, Ajám. En realidad —dijo Julita, señalándome a mí—, la que quería preguntarle por un libro es mi amiga. Wilo es algo tímida. Aunque es la presi del curso, diría que es muy tímida, sin ofender. Ahora necesita un libro con urgencia. Le encanta leer, pero nunca en su vida ha pedido libros en una biblioteca.

«No soy tímida y no me gusta leer», murmuré, apretando los dientes de rabia.

—¿En serio nunca has pedido libros en una biblioteca? Para eso existen —dijo la bibliotecaria—. Qué bueno que quieras hacer aquí tu primer pedido. Es un honor, y eso me motiva aún más a hacer las credenciales para los usuarios de la biblioteca. ¡Quiero que todos tengan una como cuando yo era niña! Así se pedían los libros —finalizó, con estrellitas en los ojos.

Imagino que ella fue una niña hace como chorro-milquinientos años, pero ahora no sabía lo que era divertido o para qué usábamos la sala. Jamás nos habían dado una credencial de biblioteca porque eso es algo prehistórico, al igual que pedir libros, y no me gustaba la idea de leer algo que no estuviera en una pantalla táctil.

—Todo es descargable, googleable. Es la revolución digital, señorita Fifi, por eso nadie venía a leer aquí, ¿capish? —dije, sacando una salivosa «sh» al final. Lo vi en una película de mafiosos.

En respuesta, la bibliotecaria se puso de pie y habló a todos, ubicándose valerosamente sobre su escritorio como si fuera un superhéroe o algo así.

—Nativos digitales, oigan mi voz. ¡Vengan mañana a buscar su credencial de biblioteca! Las tendré listas a esta misma hora. Vayan pensando en qué libros leer. La presidenta Wilo, por ser la primera en hacer su petición, deberá llegar primero. Ahora cerraré la biblioteca para hacer las manualidades. ¡Chaíto!

LAS MANUALIDADES

GUAU. Todo sonaba demasiado encantador, ahora hasta Julita creía que no debíamos hacer nada para recuperar nuestro espacio como era antes. «Antes era un basurero con caca de rata», dijo ella muy enfática. Quizás «basurero» sonaba demasiado lacerante, pero es cierto que ya no era el mismo lugar de juegos, comida, música y caos del que éramos legítimos dueños. El refugio se había transformado por completo. Había plantas y luces decorativas, dibujos de personajes literarios; como ese tal Sancho Panza y Coraline, libros ordenados con códigos numéricos, buen olor, y lo más

increíble, la mujer que estaba a cargo parecía muy feliz de estar allí, ¡cosa que jamás en la vida se había visto!

Es momento de hacer historia. Hace años, hubo una bibliotecaria y todos decían que era tan pesada como la directora Acedo, probablemente porque se trataba de ella misma. Pocos lo recuerdan, pero hace tiempo atrás, Nelsa Acedo fue la bibliotecaria del colegio y nadie tiene buenos recuerdos de esa «agria» etapa, y digo agria porque eso significa su apellido... Cuentan que tenía un carácter horrible y que no prestaba ningún libro a los niños porque consideraba que no se los merecían. También dicen que dejó entrar ratas del laboratorio de ciencias para que desordenaran todo y convirtieran la sala en un rincón insalubre. ¡Ah! Y también cuentan que ella misma puso el moho y las telarañas en los libreros; los traía desde su casa. En resumen, ella no quería estar allí, ni hacer sentir a nadie bienvenido. El tipo de persona que te pone los pelos de punta y que no merece ningún apodo en particular, en serio. Se me habían ocurrido varios: vinagre, vinagreta, pipí y esas cosas, pero creo que todos coincidimos en que nada era mejor que su desabrido nombre, y así quedó. No era buena idea acercársele, ni menos aproximarse al lugar que ella misma había arruinado.

Por esa razón, solo los valientes nos atrevimos a ingresar a la sala tras su salida hace cuatro años. En esa época, había huinchas amarillas que todavía

prohibían la entrada a la biblioteca, pero nosotros mismos decidimos forzar la chapa, entrar y sacar buena parte de la caca de rata para adueñarnos del lugar. Yo, Julita, Chomi, Seco y Piña, hicimos equipo y el resto es historia.

Ahora teníamos un espécimen atípico de bibliotecaria. Fifi Chonchillos llegaba temprano, barría, abría las ventanas para ventilar y organizaba todo lo que todavía parecía alborotado. A veces hasta leía con una sonrisa que no podía ser real y bebía café descafeinado o algo parecido. Por eso se presume que le llaman así, «Fifi», aunque no sé qué tiene que ver eso con la «f» de descafeinado.

El resto del miércoles, Fifi cerró la biblioteca para dedicarse a cortar y pegar papeles y cartulinas de colores, y el jueves llegué a tiempo para buscar lo que sería la primera credencial de biblioteca de la Historia reciente de la Humanidad. No sé si estaba emocionada, pero sí tenía sudor en las manos. Tanto, que hasta dejé impresa una marca de agua con la forma de mi mano en la pequeña libreta verde con estrellas amarillas que me entregó aquella extraña y feliz mujer.

—Buen día. ¿Ya sabes qué pedir, Wilo? —me dijo soltando un hilo de baba que parecía de color negro. Espantoso. «Shhhiup», lo sorbió de repente, dejando un restito en su mentón.

—No, no, no lo sé —le dije algo temblorosa, pero con brutal honestidad.



—Elige algo, supongo que te gusta alguna temática —dijo, secándose el mentón cuidadosamente.

—Terror, aventura, esas cosas...

—¿Y lees en casa «esas cosas»?

—No, pero veo las películas. A veces escribo películas, uso palabras raras y me imagino lo que ocurre todo el tiempo —no sé por qué dije eso, jamás lo había confesado en la vida.

—El cine tiene mucho que ver con el arte de escribir. ¡Crear es lo más entretenido del mundo! Una vez que inicias una historia no hay cómo parar, más cuando la idea está bien fresca y te parece buena, ¿verdad? —habló efusivamente, como si en aquel mismo momento estuviera creando algo en su cabeza.

—¡Sí, es verdad! —respondí con igual entusiasmo, el que luego frené para volverme una chica circumspecta—. Aunque para mí todo eso es más como un juego, quiero ser doctora. Abrir cuerpos, sacar órganos, coser, ver sangre, ya sabe.

—Ya veo, en estos días todos quieren serlo. Pero el arte también es importante, ¿acaso no te gusta ver películas? Esas las crean muchas personas. Si quieres, algún día puedes venir y escribir conmigo y Chomi. Él quiere ser escritor, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé —dije con las manos goteando de tanto sudar.

—¿Estás bien, Wilo? —preguntó ella, sacando un libro de la sección de terror.

—No lo sé —dijo observando su taza llena de un líquido oscuro como el petróleo, y de puro curiosa le pregunté—. ¿Qué tipo de café es ese?

—Viene de... Viene de unos laboratorios chinos, creo. Huele muy bien —dijo ella ruborizándose, sólo un poco, porque su blancura de papel no se lo permitía.

—Nunca lo había visto, parece petróleo.

—Es bien oscuro y espeso, pero es café descafeinado. Ahora ve a la enfermería un rato, te vendría bien un té de manzanilla —dijo con voz serena y luego me entregó un libro—. Este es de Poe, nunca falla —bebió de su taza y me sonrió mostrando unas manchas negras en sus dientes. Finalmente, timbró mi credencial con el día de devolución, el viernes 29 de abril—. Llévatelo a casa, otro día me cuentas qué te pareció.

Y enseguida salí de allí.

LIBROS PRESTADOS

El jueves, todos los niños se llevaron libros. Bueno, no todos, pero varios. Entre ellos, yo, Julita, Seco, Piña y, por supuesto, Chomi. Cada vez que los oía hablar de lo bien que se sentían en la nueva biblioteca, me dolían las tripas y les recordaba que aquel era NUESTRO SITIO SECRETO.

—Pero ahora lo usan más niños, no debemos forzar la chapa de la puerta para entrar y la señorita Chonchillos deja todo bien, me gusta —avisó Julita, plantándose firme y desafiando mi figura presidencial—. Mira, hasta me dejó sacar un libro sobre

plantas al que hace tiempo le había echado el ojo. Ese grande que ocupábamos de trineo.

—A mí me dejó llevar un cómic sobre una arveja mutante que ataca la Antártica para quedarse con sus recursos naturales. ¡Los pingüinos tienen una base militar! —dijo Seco, que disfrutaba mucho de esos mundos de superhéroes y villanos.

—A mí me pasó un libro sobre Marie Curie —dijo Piña, y claro, ella siempre había sido la más científica del grupo.

—A mí me entregó otro de sus libros, es sobre unas niñas que cuentan estrellas —dijo Chomi, ahora convertido en todo un fan de la bibliotecaria.

Mientras los escuchaba, nuevas ideas inundaron mi cabeza. Ideas de películas vengativas y crueles. Tal vez, yo sola no podría sacarla de la biblioteca, pero sí con la ayuda de alguien superior... En eso, me interrumpieron las voces de mi exclub.

—¿Qué libro te prestó, Wilo? —dijeron todos queriendo saber.

—Uno de Peo, quiero decir, Poe o Poett, como el limpiador oloroso. Todavía no lo he abierto. Ni me interesa.

Y así dejé pasar viernes y sábado, hasta cuando por accidente, toda relajada en mi cama el día domingo, descubrí el interior de aquel libro y me quedé sin palabras.

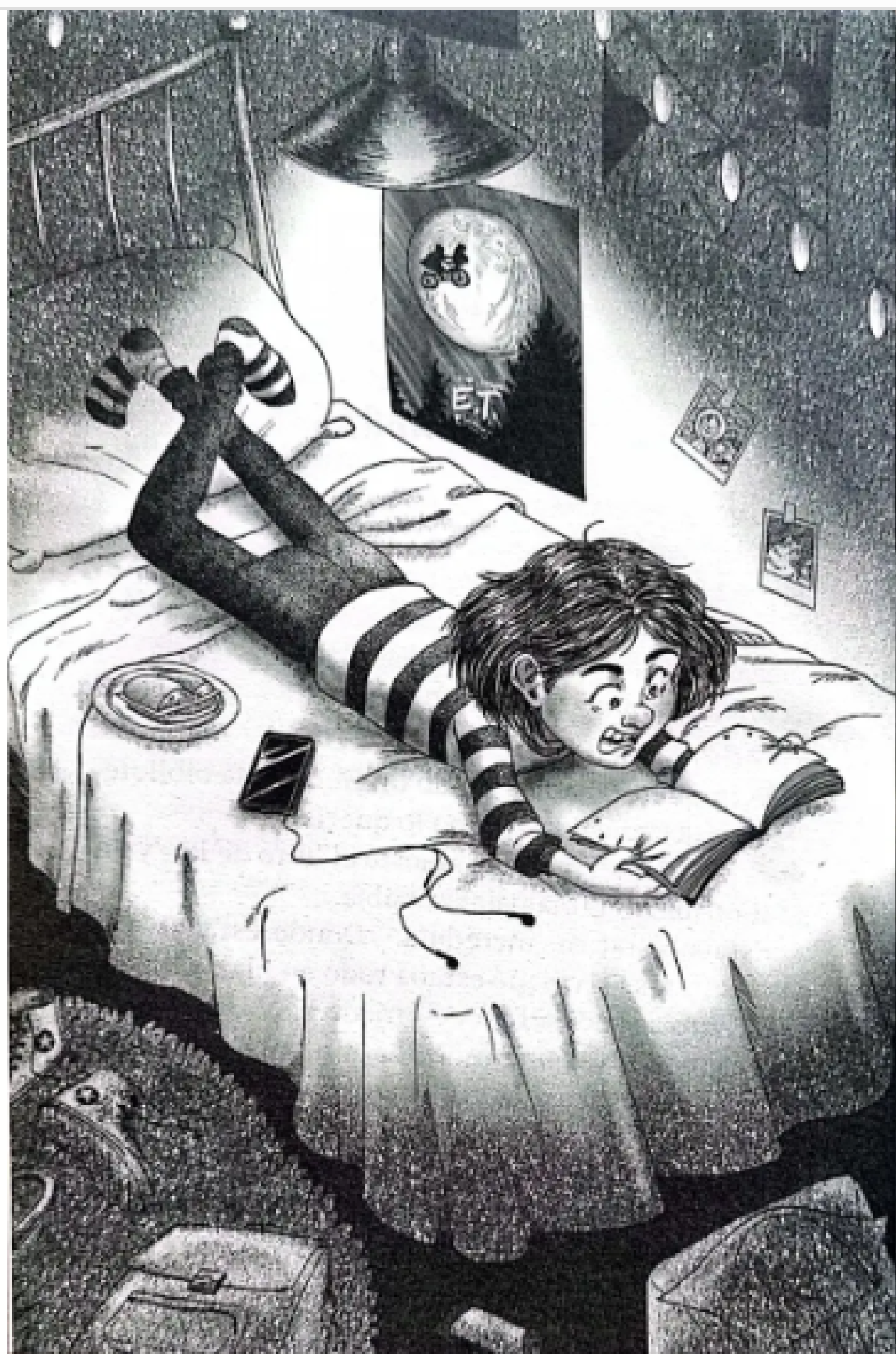
SIN PALABRAS

Sin querer, había pedido un libro en la biblioteca del colegio, pero no lo quería.

Sin querer, había abierto el libro de Poe y en su interior ninguna palabra había.

Estaba estática, incrédula. ¿Dónde estaban todas las letras? ¿Por qué estaba todo en blanco?

El libro se sentía frío y húmedo, y al observarlo bien, se podía ver una mordida humana casi vampiresca que dejaba a la vista dos manchitas negras hechas con colmillos. La mordida correspondía a la de un adulto, y era profunda y sospechosa. ¿Por qué alguien haría eso con un libro? ¿Acaso habían



borrado todo su interior? ¿Acaso la bibliotecaria lo sabía y aun así me lo pasó? ¿Quería decirme algo secreto al entregarme un libro en blanco? ¿Había más de esos? ¿Qué pretendía?

Puede que la humedad de la biblioteca lo haya borrado por completo, salvo la portada y contraportada. También puede que justo ese ejemplar viniera mal impreso. Y hasta puede que la señorita Chonchillos se haya confundido y me haya entregado un cuaderno con tapa de libro. Tal vez un cuaderno suyo... Pero había otra posibilidad y tenía una pista. ¡¡Oh, no!!

En ese momento, recordé el hilo de baba negra que se limpió mientras me hablaba el jueves y su taza llena de ese líquido petrolífero... ¡Qué asco! ¿Será que ella misma había mordido el libro? ¡¿Será que ella había chupado toda la tinta?! ¿Será alguno de sus gustos retorcidos? ¿Era un vampiro literario o algo así? Necesitaba averiguarlo cuanto antes.

La noche del domingo 24 de abril no pude dormir, ni por la mordida horrorífica, ni por el recuerdo de la baba negra, ni por el viento espantoso que chocaba contra la ventana y que parecía querer echar abajo toda la casa. El silbido del viento y la fuerte lluvia acompañaron mi descanso y al día siguiente sentí el impulso de enfrentar a aquella mujer y averiguar la verdad. No esperaría el recreo. No, iría a primera hora, cuando se sintiera el primer «sssh» de su aerosol olor a lavanda.

LA BIBLIOTECARIA ES UNA VAMPIRA

El lunes 25 de abril, supe con certeza que esta sería la última semana de Fifi en el colegio. Sería una semana tétrica, como la más siniestra película de terror que todavía no escribo. Le quitaría sus colmillos, la dejaría en evidencia frente a todo el colegio y recuperaría heroicamente el refugio.

Però todo eso estaba por verse.

Cuando entré en la biblioteca a las 7:52 de la mañana, no esperé ver a nadie. La sala estaba a oscuras, como antes. Las cortinas nuevas habían llegado y estaban cerradas, y todavía no se sentía ninguna presencia humana allí dentro, solo yo. Yo

y el silencio no del todo silencioso, pues había un zumbido de fondo. Un pequeño carraspeo que se acrecentaba a medida que me acercaba al viejo clóset donde guardaban los materiales y útiles de aseo.

—¿Quién anda allí? —susurró una voz muy pausada desde el interior de aquella caja de madera enorme.

Contuve el aliento, tomé todo el valor que tenía y abrí el armario con ambas manos. Entonces la vi. Era la señorita Chonchillos, usando una túnica roja y colgando boca abajo en el clóset. La boca la tenía toda manchada de negro, su rostro era más pálido que un marshmallow y sus ojos tenían un tono rubí que nunca había notado, probablemente por sus lentes bien gruesos y también rojos.

—|||Aaaaaaaaahhhhhhhh!!! —gritamos ella y yo al mismo tiempo.

¡Qué horripilante panorama! La peor imagen que había visto en mucho tiempo, peor que Chucky y ese heladero asesino de las películas. Peor que ET y toda la caca de rata del mundo combinados en una sola sinfonía malévola que no dejaba de sonar en mi cabeza: «Tú, tú, túmmmm», así sonaba, como las notas de un órgano viejo y eclesiástico muy potente. Enseguida me tapó la boca y me rogó guardar silencio.

—Esto no es lo que crees —dijo escupiendo un poco de tinta.

—¿Cómo que no es lo que creo?! ¡¡Usted es una VAMPIRA y chupa la tinta de los libros!! —dije y enseguida le mostré el libro en blanco que me había prestado, y le señalé con mi mano toda tiritona su mandíbula entintada para que se diera cuenta de que estaba perfectamente impresa allí.

—¡Ups! —fue todo lo que dijo y luego eructó una nubecita oscura.

La respiración se me agitó y, por algún motivo, solo tenía ganas de vomitar. Ella salió del armario dando un salto liviano y, en cámara lenta, se puso de pie a mi lado y sacó de su bolsillo uno de esos paños húmedos para limpiar traseros de bebé. Luego se lo restregó en el buche, me miró a los ojos y me habló muy suave.

—Bueno, niña. Sí, soy una vampira. ¿Y qué? Al menos no soy del tipo «clásico», ya sabes, de los que chupan sangre. Pero la historia es más larga y no creo que estés lista para escucharla. Ahora devuélveme ese libro y ve a tu clase.

—No iré —contesté, apoyando el libro en su escritorio—. Quiero escuchar su historia ahora. **TODA SU HISTORIA.**

La señorita Chonchillos se quitó la extraña túnica roja con la que dormía y bajo ella dejó ver su traje típico de bibliotecaria: camisa blanca, falda negra, pantys rojas y botas grandes de goma negras. Al parecer, nunca se cambiaba de ropa...

—No necesito bañarme, si es lo que piensas. Es todo cuestión de pH —dijo ella, justificando su inexistente necesidad de lavarse o usar desodorante. En realidad, siempre olía bien, ni idea de cómo lo hacía. Si yo no me baño un día, huelo al cúmulo de mil calcetines podridos de atletas de alto rendimiento.

Luego, Fifi se dirigió hacia la puerta de la sala y la cerró con llave. Acto seguido, me pidió tomar asiento, sacó un cartucho de tinta para impresora y lo vació en su querida taza decorada con conejitos, y comenzó a tejer palabras.

—Esta no es la primera vez que trabajo con libros...

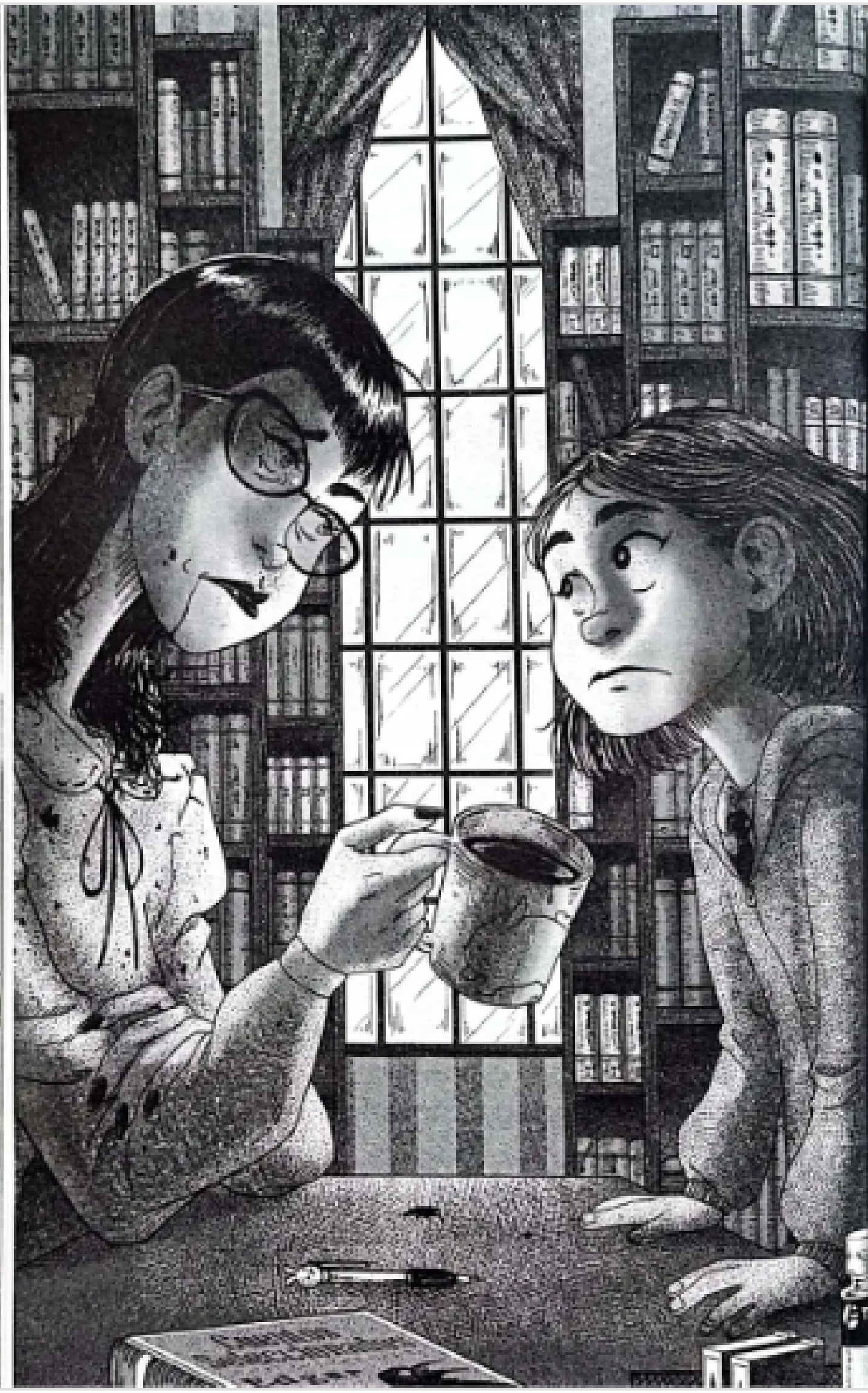
UNA HISTORIA VAMPÍRICA

La señorita Chonchillos era en realidad un personaje atípico y, en ese instante, se estaba dejando ver por completo, tal cual era. Estaba ojerosa, despeinada y su camisa blanca tenía ahora unas manchas negras como de dalmata.

—Cuando eres vampiro, cada minuto para dormir cuenta —dijo sorbiendo un poquito de tinta, dejando a la vista sus colmillos.

—¿Y no se supone que los vampiros duermen de día? Para evitar la luz —dije.

—Bueno, sí, pero yo no soy un vampiro común y silvestre. Me he adaptado a las luces, cruces y



estacas —sonrió y sus colmillos volvieron a ser normales.

—Guau. Ya lo veo.

—En mi familia, ser vampiro es lo más genial del mundo, pero para mí no lo ha sido. Créeme, me ha traído problemas amorosos, separaciones; me ha involucrado en guerras y otros tantos desastres horribles desde el 1500. Hace siglos decidí dejar la sangre por la tinta y ha sido lo mejor. Por años trabajé en viejas imprentas y ese mundo me fascinó. Aprendí a apreciar los libros en todas sus formas. La primera vez que tomé tinta era una adolescente. Mi familia estaba planeando un festín medieval que me negué a tragar, simplemente porque se trataba de mis vecinos favoritos. Sentí que no debían aprovecharse así de ellos o de nadie. Esa noche pasé por la vieja imprenta de unos religiosos, entré y por accidente bebí un litro de tinta. Me pareció espesa y sabrosa. Aunque de vez en cuando tengo alguna indigestión; nada que me haya llevado a urgencias, menos mal. El tema es que, en mi familia, cambiar de dieta es como cambiar de religión para otros o algo así. Mis padres sintieron que estaba negando mis raíces y me prohibieron visitarlos de ahí en adelante. Por eso tuve que escapar, viajar por el mundo, cambiar mi nombre y nacionalidad cientos de veces. Ha sido todo bien meteórico, siempre detrás de los libros, trabajando en viejas y repulsivas imprentas, librerías, luego en diarios y revistas, luego

como editora de libros por varios cientos de años, hasta que por fin decidí hacer mi sueño realidad. Ser autora y bibliotecaria escolar —sollozó al final.

—¿Y qué sabe de su familia? ¿La han buscado?

—No lo sé, tal vez. Me gusta pensar que sí... Aunque lo dudo —confesó con una lagrimita gris—. De todas formas, el mérito es mío. Soy muy buena escondiéndome.

—Aunque yo la pillé bien fácil.

—Es que eres muy astuta.

—La pista de los colmillos de tinta en el libro de Poe no me dejó dormir en toda la noche, imaginé lo peor.

—¿Y qué es lo peor? —preguntó ella con mirada compasiva.

—Que todos los libros de la biblioteca estén así. Que esté desquiciada y que eso le traiga problemas...

—No desquiciada, pero sí soy diferente y me ha traído problemas. Lo sé. Creo que el lunes pasado me serví ese libro, necesitaba energía y todavía no llegaban los cartuchos con tinta fresca. ¡Oh, se me hace agua la boca! —Sorbió otro poco de tinta—. En mi defensa, a ese libro le faltaban dos capítulos y tuve que arrancarle dos repugnantes mocos secos que había en el interior antes de tragármelo. Ya era un libro vetusto. Mi error fue pasártelo. Lo olvidé por completo.

—¿Y planea seguir con eso de beber tinta?

—Pues, sí. Pero descuida, pedí harta tinta para salvar esos impulsos locos. Ningún libro saldrá dañado.

—¿Y no come nada más?

—Algunos suplementos de vitaminas, proteínas y minerales, claro está. O si no, sería muy difícil mantener una buena salud por tanto tiempo.

—¿No le gustaría comer torta, chocolates, helados o papas fritas?

—He comido. Yo misma preparo mis tortas de tinta, chocolates de tinta, helados de tintas de colores y mis papeles fritos bañados en tinta. Mmm. ¡Exquisitos!

Nada de eso sonaba delicioso en absoluto. Era un gran guácala. Sin embargo, conocerla así me estaba resultando interesante, quiero decir, asqueroso e interesante, y por ningún motivo quería dejar de escucharla. Quizás cuántas otras cosas raras había hecho en su vida.

En eso sonó el timbre de inicio de clases. Ella se arregló a la velocidad de la luz y pronto la pude ver con su habitual apariencia lustrada y dulce.

—Ve a clases y no digas nada, por favor —me rogó.

Asentí con la cabeza y me retiré con la prisa de saber que tenía prueba de matemáticas, pero la verdad no tenía en mente los cuadrados de binomio ni la hipotenusa de no sé qué. No. Yo estaba interesada en seguir escuchando historias de esa mujer. Sí,

la misma que antes aborrecía con todo mi ser por adueñarse de mi refugio, ahora me parecía increíblemente fascinante. Su relato era conmovedor y tal vez ahora sí podía entender la simpatía que causaba en mis amigos y en todos los profesores.

No obstante, en el fondo de mi ser también me preguntaba si sería capaz de guardar un secreto TAN GRANDE como ese... ¿Podría hacerlo?

LA FOTOGRAFÍA

Existe un momento del año en el que siempre nos sacamos una foto grupal en nuestro refugio. Ese momento era el día de aniversario de nuestra agrupación, que precisamente caía el día 26 de abril: el día en que hace cuatro años nos adueñamos del refugio/biblioteca. El lunes tuve cuidado de no contar el secreto vampiresco a nadie, y para puro contenerme de mis ganas de hablar, estuve callada todo el día.

—¿Qué te pasa, Wilo? ¡Es 26 de abril! Deberías estar en llamas, pero andas bien rara desde ayer — dijo Julita al saludarme la mañana del martes.

—Fue el libro de Poe, ¿verdad? Es un autor complejo que no te deja respirar, el misterio está presente en cada hoja —dijo Chomi como el aburrido buen lector que era.

—Wilo está enferma de la garganta, o eso creo, no saca la voz y normalmente nadie la puede callar —diagnosticó Piña, tomándose la temperatura con la mano.

—¿No quieres un poco de agua? Esa era la kriptonita de la arveja mutante, así perdía su frescura, pero a ti te haría bien —dijo Seco todavía muy involucrado en su cómic.

Iba a seguir escuchando sus suposiciones absurdas, pero preferí cambiar de tema y hacerlo con una sonrisa hiperbólica. Después de todo, hoy era motivo de celebración.

—¡Hoy es el día de la foto de aniversario! La cuarta consecutiva de nuestro club —dije con la más brillante sonrisa.

Todos me abrazaron al instante, no sé por qué les agradaba tanto la tradición, pero supongo que al tratarse de una foto tan importante, no querían perdérsela.

—Quiero que esta vez salga la señorita Chonchillos —dijo Julita—. Ella le cambió la cara al refugio.

—Es que ahora es una BI-BLIO-TE-CA *for real*. Maravillosa y única en su tipo —dijo Chomi tomando un libro y poniéndolo junto a su corazón.

—Cierto —dijimos todos, pero ya ninguno triste por haber perdido nuestro caótico paraíso, ni yo.

Entonces, sonó el timbre para salir al segundo recreo. Iríamos a la biblioteca para sacarnos la foto con Fifi... sí, foto con Fifi. ¡Ay, no! La genial idea de pronto me pareció peligrosísima. Hasta se me removió el estómago de pensarlo. Se supone que los vampiros no aparecen en las fotos. Debía apurar el paso y llegar antes que todos para decirle a la bibliotecaria que se negara a tomarse una foto con nosotros.

Sin embargo, y pese a mi veloz llegada, la biblioteca estaba cerrada. Había una fila de niños afuera, las luces estaban apagadas y la chapa no se podía forzar para entrar.

¿Dónde podría estar Fifi? ¿Estará bien? ¿Por qué de pronto me preocupa tanto como si fuera una amiga? ¿Será que ya lo era?...

¿CUÁNTA TINTA NECESITA UNA PERSONA?

Ahora es momento de presentar a la malvada de esta historia. La directora del colegio, la mandamás que tiene una imagen parecida a la combinación entre un montón de gelatina y un ogro del bosque. A veces, de actitud tierna y amable, y otras veces más histérica e intolerante. Su nombre es Nelsa Acedo. Ya hablé de ella y de su pasado de bibliotecaria que siempre prefiere negar. Hace poco supe que decía que la vieja bibliotecaria era en realidad una prima suya, aunque es bien sabido que no tiene primas y que hay fotos que confirman su antigua labor. Es un personaje peculiar. Nelsa

Pancracia Acedo Tomatines es su nombre real. Así sale en su carnet de identidad, lo revisé, créanme.

En el patio podía ser lo más cariñosa del mundo, pero si te invitaba a su oficina, debías ir preparado para recibir una ola de ataques valóricos. Una vez Julita y yo nos pintamos las uñas con plumones permanentes de color azul y rojo, y creyó que nos estábamos burlando de los colores de la insignia del colegio. Llamó a nuestros padres y les dio una larga charla sobre buenas costumbres y el respeto a los emblemas y sus colores.

También supe una historia de que había echado a un profesor por decirle a sus alumnos que existía más de una religión. Eso fue un escándalo descomunal y fue expulsado. Me cuesta mucho entenderlo, porque existen tantas personas en el mundo que es imposible pensar que todas crean en lo mismo que tú.

Este caso era algo así, pero no tan así.

Nelsa Acedo había citado en secreto a la bibliotecaria para hablarle de las normas de la biblioteca, algo que Fifi ya sabía. Luego le habló de que los libros servían para leer, algo que también sabía. Y después le preguntó si era una persona con valores, porque le llamaba la atención el despilfarro de tinta para imprimir que había pedido.

—¿Cuánta tinta necesita una persona?! Vi cuando llegaron las cajas, novata. ¿Dónde están sus principios? ¿Se considera usted un ser humano



compasivo? —fue lo que le oí decir a Acedo, con un tono agudo que podía provocar una hernia nerviosa a cualquiera. Yo y mis amigos habíamos llegado a tiempo para escuchar el interrogatorio. Daba la casualidad de que su oficina tenía nuestra banqueta preferida afuera, la única del colegio en la que cabíamos todos. Estábamos sentados allí, pensando en dónde podría estar la bibliotecaria, cuando de sopetón oímos sus preguntas y nos quedamos pegados a la pared de madera escuchando la acción.

En ese momento, Fifi Chonchillos tomó aire. Lo sentimos todos, y se nos puso la piel de gallina. Entonces, ella le respondió con toda su claridad y experiencia vampirística, casi milenaria.

—Pedí la tinta para imprimir el interior de las credenciales de biblioteca, los códigos de los libros y para otras cosas más. Sobraron varios cartuchos, pero estoy segura de que servirán para el resto del año. Debe saber que yo pagué de mi bolsillo al proveedor, él ya me conoce. Los limpiadores que traje son míos, las cartulinas también, las flores también y hasta las cortinas. Se suponía que ustedes me ayudarían con esas cosas. Me pidieron una lista de requerimientos el primer día y me avisaron que las cosas que había pedido no llegarían sino hasta en tres meses más. ¿Qué quería que hiciera? ¿Es acaso la biblioteca una prioridad para usted y para el colegio?

—Claro, por eso la contratamos, Filomena.

—Es Fifi.

—Da igual. Pero déjame decirte que estos gastos excesivos no me gustan. Incluso si usted lo pagó, me parece absurdo. Dan una mala señal. ¿No podía esperar un poco? ¡En cinco meses llegan todos sus requerimientos! Digo, la mitad de ellos. Es solo cosa de paciencia, por eso quiero que el viernes mismo devuelva las cortinas y todos los cartuchos de tinta que le quedan, me imagino que son muchos. No quiero que su atrevimiento genere sospechas de rebeldía en nuestra comunidad. Deberá entregar una carta de disculpas al colegio por su falta de respeto a mi autoridad; no puede hacer las cosas como le da la gana. Yo soy una mujer de valores, ¿usted tiene valores, Finlandia? Me refiero a si es religiosa y decente —preguntó de nuevo.

—Es Fifi. No sé a qué valores se refiere. Pero creo en la amabilidad y la empatía. Soy decente, diría que sí. Muy religiosa no soy, pero respeto las creencias de otros. Es lo más sensato conversar e intercambiar opiniones, ¿no lo cree?

—¿Sensato? Me preocupa su alma, Frígida. ¡Sin valores no hay sensatez! Aquí las cosas se hacen a mi modo, quiero decir, al modo del colegio. Estaré pendiente de todo lo que haga. ¡Debe aprender a respetar!

De pronto, la voz de la directora se volvió más aguda que nunca y luego largó un grito bien histérico que provocó la fugaz salida de la bibliotecaria.

—Volveré a mis funciones. Con permiso —dijo Fifi con un hilo de voz.

Nosotros la seguimos a paso lento, no queríamos que nos viera. Había sido un *round* bien duro y su cuerpo parecía sentirlo. Sus hombros estaban caídos y su andar era lento. Ignoró a todo el mundo que la esperaba afuera de la biblioteca, les hizo un gesto de «adiós» con la mano derecha, seguido de una mueca con el labio que no alcanzaba a parecer una sonrisa. «Vayan a casa», les dijo. Finalmente, cerró la puerta.

SAQUEMOS LA FOTO IGUAL

El miércoles 27 decidimos sacar la foto igual, pero la bibliotecaria ya no era la misma. Había una nube negra sobre su cabeza, estoy segura, «porque su cara estaba gris como una paloma que había sobrevivido a un ataque de malas palabras». Eso lo escribo entre comillas porque lo dijo Chomi al verla. Él es el poeta del club y sonó muy preciso.

Quisimos que Fifi nos contara su drama, el mismo que ya habíamos escuchado a través de la pared, pero esta vez solo con la intención de que pudiera liberar sus emociones. Sin embargo, no pudo, no le salían las palabras. Solo dijo:

—Me siento profundamente ofendida y no me ocurría algo así desde la Edad Media —musitó ya sin importarle mucho la línea de tiempo que correspondía a este siglo.

Para volver en sí, dedicó todo el día a hacer lo que más le gustaba hacer: ordenar. Ordenar todo lo que podía. Limpiar, codificar libros, dibujar nuevos personajes literarios para las estanterías (esta vez hizo a Papelucho y Matilda), y recortar sus queridas manualidades de mariposas, conejos y estrellas.

Nosotros intentamos ayudar en los recreos y durante la hora de almuerzo, pero al finalizar la jornada ella ya se había ido a su escondite que solo yo conocía y, en ese momento, aprovechamos de sacar nuestra foto grupal de aniversario afuera de la biblioteca. Posamos como si fuéramos la banda más genial e hicimos corazones con nuestras manos, como para demostrarle a Fifi nuestro aprecio, aunque no nos viera.

—Ojalá no se vaya por culpa de esa vieja —dijo Chomi justo cuando todos salíamos del colegio.

—Espero que no —dijimos varios, pero no teníamos certeza de lo que ocurriría con ella.

No obstante, sí tenía una cosa muy clara y se la hice saber a todos en ese instante.

—Debemos protegerla. Debemos dejar en evidencia a la directora, que todo el mundo sepa lo que hizo con la biblioteca.

—¡La mejor idea! —dijeron Julita y Piña.

—No podrá contra nosotros —dijo Chomi.

—No sabe con qué arvejas se metió —agregó Seco totalmente fuera de contexto.

¡Eso es! Teníamos un plan. Una idea fantástica que podría levantar el ánimo de nuestra heroína y salvar nuestra biblioteca.

Y ahora es momento de que lo admita: pasé del temor al amor. Del odio a la curiosidad, y luego a la empatía. Al principio, en verdad creía que Fifi estaba arruinándolo todo, pero en un corto periodo de tiempo probó lo equivocada que estaba. El refugio se transformó en una biblioteca maravillosa que todos los niños y niñas visitaban. ¡Estábamos leyendo allí! Y eso no lo había visto nunca.

El problema era que ahora la bibliotecaria no se sentía a gusto. Veía su incomodidad; tenía los párpados caídos y sus botas temblaban cada tanto, y no podía quedarme de brazos cruzados. Ninguno de nosotros podía. Este era su sueño y estaban a punto de quitárselo de las manos.

INOSOTROS CORREREMOS LA VOZI

En el primer recreo del jueves 28, mis amigos y yo quisimos tomar cartas en el asunto y fuimos a la biblioteca para sorprender a Fifi con una idea fantástica, pero primero le contamos todo lo que no sabía sobre el pasado de la señora agria. Eso podría darle una ventaja a la hora de enfrentarla.

—¿En serio ella era la antigua bibliotecaria? —nos dijo con auténtica sorpresa.

—Sí —dijimos todos, mostrándole un viejo recorte de «Nelsa Acedo, bibliotecaria con cara de enojada» con el que a veces jugábamos. La foto era de la inauguración de la biblioteca.

—¿Por qué se ve tan triste? ¿Acaso la sala estaba tan desordenada como cuando yo llegué? —preguntó Fifi.

—No, todo lo contrario, en esa época era muy linda la biblioteca —dijo Chomi, quien de todos era el que tenía el recuerdo más vivo de ella. Tomó aire y luego continuó—. Pero ella no la hizo más bonita, su sola presencia inspiraba temor. Nadie quería venir, no nos dejaba ver los libros y ella misma los tomaba y dejaba en cualquier lado. ¡Una vez hasta la vi lanzarlos por la ventana!

Fifi Chonchillos se quedó un buen rato en silencio. Estaba saboreando la nueva información como si fuera un exquisito helado de tinta... Delicioso para ella, claro.

—Si todos los profesores y niños se enteraran acerca de lo que la directora hizo con la biblioteca y cómo ella misma la arruinó por tanto tiempo para que nadie más la usara, estoy segura de que no se atreverá a decirle nada más, no tendrá que escribir la carta de disculpas. ¡Nosotros correremos la voz! —dije con total confianza.

—Al parecer escucharon la conversación de ayer... —dijo Fifi medio sonriente.

—Sí. Y estuvo muy mal la forma en que la trató —dije enfática—. La directora Acedo nunca ha admitido sus errores, por eso me carga que le pida esa carta. Ella causó el desorden de la biblioteca y que le pegaran la cinta de «prohibido entrar». ¡Nadie

vino por años! Por eso siempre ha existido ese y otros rumores sobre ella...

—¿Rumores? —dijo Fifi de repente—. No, niños, muchas gracias por tratar de buscar el modo de animarme, pero yo no voy a contraatacar a punta de rumores, por más ciertos que les puedan parecer. No es lo que corresponde. Lo haré a mi modo.

—¿Cómo? —preguntamos, aunque yo ya me lo podía imaginar, pues sin querer sus colmillos salieron a la vista de todos, y pude notar que no pasaron inadvertidos, porque Chomi deslizó la frase «es un vampiro», así bien suavemente, como para no interrumpir el hilo de la conversación. Le tenía mucho respeto a Fifi.

Luego, la bibliotecaria disfracó la incómoda situación con una sonrisa y sus colmillos volvieron a verse normales.

—Me refiero a que conversaré con ella, y sí, haré la carta de disculpas. Después de escucharlos me queda muy claro que algo en este lugar la hizo infeliz, nadie descuida tanto un lugar porque sí. Ya le escribí un correo electrónico para que mañana venga para acá al finalizar las clases. Estaré todo el día ocupada en el inventario y la biblioteca estará cerrada. Cuando llegue, verá los avances que se han hecho en tan pocos días, creo que eso le ayudará a abrir su perspectiva del mundo y a apreciar mi trabajo. A veces, todos necesitamos una sacudida, ¿entienden?

Pero la verdad no sé si entendimos del todo bien. No parecía interesarle nuestro plan de «dejar a la directora en evidencia» por el descuido de la biblioteca, ni tampoco nada acerca de su terrible pasado. Fifi estaba con la mente en otras cosas, pensaba en planes aburridos de conversaciones de adultos que no llevan a ninguna parte, y eso me parecía algo iluso, porque ninguno de nosotros podía pensar en alguna forma lógica de hacer que la señora Acedo cambiara su modo tan cerrado de ver el mundo. Era como un caballo de carreras que no puede ver todo lo que ocurre a su alrededor, solo sigue el camino. ¿Podría Fifi lograr el milagro? ¿Qué tendrá en mente? ¿Morderla y succionarle su intolerancia?

Mientras pensaba estas cosas, mis amigos dieron algunas vueltas por la biblioteca y, al salir, noté que uno de ellos portaba una capa roja en las manos.

Oh, no.

CAPERUCITA CHUPASANGRE

Muy bien, era la hora de la revelación máxima. Pensé que tendría que contarla yo misma, pero otro miembro del club quiso hacer los honores. Esperamos a que no hubiera nadie cerca, salimos del colegio en dirección a la primera plaza que teníamos a la vista y allí Chomi se puso la capa roja que traía en las manos y comenzó a hablar como si conociera a Fifi mejor que nadie.

—¡Presten atención y abran sus mentes! No había querido decirlo la semana pasada, pero descubrí la verdad sobre Fifi. Esta capa que tengo puesta es suya, la encontré en el armario que está al fondo de



la biblioteca. Es la tercera prueba que tengo. La primera fue saber acerca de su larguísima vida, que conoció a Da Vinci y Napoleón, que anduvo en barcos atravesando el mundo y descubriendo mil maravillas. Cuando me contó esto, no sonaba a mentira, a pesar de que luego me decía que era «broma». Me contó que trabajó en las más importantes imprentas del mundo y que fue editora de grandes escritoras que no me quiso nombrar, pero en sus manos vi «Mujercitas» y lo conocía al derecho y al revés. ¡Nadie puede vivir tanto tiempo para contar todo eso con tanta confianza! Pensé que podría ser un fantasma, pero no. Solo existe un tipo de persona que puede vivir tanto y ser tan pálida como ella.

Pensé en un zombi, pero es imposible, no la dejarían trabajar con niños, pero sí dejarían a un VAMPIRO. No quise preguntárselo, pero hoy me reveló la segunda y tercera pista accidentalmente. Cuando conversamos con ella, en un momento nos dejó ver sus colmillos, y luego, mientras paseaba por allí, vi esta capa roja cuya punta sobresalía del interior del clóset viejo de la biblioteca. Me la llevé sin su permiso, pero mañana la devolveré a su lugar, seguro debe tener otras más. En resumen, todo lo de hoy fue la confirmación de mi teoría. ¡La bibliotecaria es una vampira! Y es hora de que lo sepan. Mañana le podemos preguntar, si les quedan dudas.

Por alguna razón creí que todos se reirían de él o algo así, pero en cambio...

—¡Oh! Yo iba a preguntarle por sus colmillos, fue muy raro cuando se alargaron de repente —dijo Julita, queriendo probarse la capa roja, pero Chomi se lo impidió, se sentía el legítimo dueño.

—Sus colmillos estaban en punta y luego los achicó, fue como «¡guau!». Lo vi, pero no me dio miedo porque parecía que nos estaba sonriendo —dijo Piña un tanto temblorosa de repente.

—¡Es una vampira! ¡Qué genial! Por eso no necesita de nuestra ayuda para enfrentar a la directora. Creo que confío en su plan. Fifi le chupará toda su sangre como el chupacabras, es obvio, y sucederá mañana después de clases, por eso la citó en la

biblioteca y DEBEMOS verla en acción —dijo Seco muy determinado.

Yo me quedé en silencio, no sabía cómo decir todo lo que ya sabía. Parece que a veces me resulta más fácil por escrito. Pensaba en eso, cuando Chomi se atrevió a proponer algo más.

—Tienes razón, Seco, ¡debemos verla! Este será nuestro plan para ver el gran momento de la mordida —hubo un silencio y en seguida comenzó a hilar cosas—. Acedo iré a la biblioteca al finalizar las clases, ya lo sabemos. Entonces, todos iremos más rápido que la directora y nos meteremos a la fuerza en el armario, estoy seguro que ahí cabemos todos. Así podremos ver la acción a través de la ranura del centro y estaremos listos en caso de que Fifi «caperucita chupasangre» necesite de nuestra ayuda. ¡Traigan cucharones y sartenes! Pueden ser vitales para defenderla de alguna estaca...

Chomi estaba inspirado, tenía su película súper clara e iba a seguir hablando, pero, por fin, me decidí a interrumpirlo.

—Chomi, ella no la va a morder. No es el tipo de vampiro que crees.

—¿Y de qué tipo es? —Dijo paseando sus pupilas de un lado a otro—. ¿Le gusta un tipo de sangre específico? Podría averiguar el tipo de sangre de la directora e ir a contárselo en el recreo, si lo necesita.

—Hay inventario —le recordamos todos. Y también le explicamos que un inventario significa

hacer el registro de todos los libros de la biblioteca. Todos. Lo que sería una tarea titánica para una sola persona, por eso estaban prohibidas las visitas en horario normal.

Luego de ese lapsus informativo, lancé la verdad verdadera con todas sus letras.

—Chicos, escuchen esto: Fifi no bebe sangre, ella bebe tinta. TINTA. Ella misma me lo dijo y esa es la verdad.

Hubo una breve pausa, adornada de ojos perplejos, pero esta vez sí que todos rieron de lo lindo. ¡No lo podían creer! Chomi hasta envolvió a todos los del club con la tela colorada para seguir riendo más fuerte. Por lo visto, sentían que les había dicho la ridiculez más grande del mundo y ni siquiera me dejaron explicarles por qué.

—No te preocupes Wilo, jaja. No diré nada de la sangre o de la tinta cuando la veamos en acción, jajaja —dijo Chomi y pronto todos se fueron a sus casas.

Intenté hablarles de nuevo, pero me fue imposible, ninguno podía imaginar siquiera algo tan destartalado. Se fueron a paso firme y no quise seguirlos... Hay veces en que es mejor no insistir, además, Chomi ya los había convencido muy bien.

EL AMARGO SABOR DEL CAFÉ

El viernes 29 de abril era el día de la verdad. La biblioteca permaneció cerrada al público y, para mi mala suerte, los miembros de mi querido club me habían perdido el respeto por completo. En clases y durante los recreos, me hicieron bromas con todo lo que fuera parecido a la tinta. Julita aplastó su lápiz de pasta azul y se sacó una foto con la lengua afuera, diciendo «no puedo sobrevivir sin la tinta del lápiz».

La cosa siguió con Piña y Seco haciendo una colecta de lápices «para una amiga adicta a la tinta», y Chomi no se quedó atrás y se hizo el chistoso

pintando unas marcas negras en su cuello, diciendo «ya no quiere la tinta, ¡nos quiere a nosotros!».

Con algunas bromas me reí, pero ya para la hora de almuerzo mi cabeza estaba en otros asuntos. Me preguntaba qué haría Fifi para darle una lección a la señora Acedo. ¿Cuál sería su plan? Porque sabía que chuparle la sangre estaba último en la lista.

—¿Listos para la tarde? —preguntó Chomi con una sartén en la mano mientras terminábamos los tallarines con salsa de jurel que había para el almuerzo de hoy.

—Sí —dijimos, todos con distintos utensilios a la mano. Cucharones y sartenes, excepto Seco, que tenía una corchetera vieja. Tal vez sirva de algo.

Las horas finales pasaron más lento que nunca, no sé por qué razón el timbre de salida tardó más en sonar ese día. ¿Acaso era nuestra ansiedad por salir? Apenas retumbó el timbre, nos abrimos paso a la biblioteca en tiempo récord, y estaba abierta, pero ninguna de las dos mujeres se encontraba allí. Fifi de seguro había ido al baño, pues era día de inventario y había pasado todo el día registrando libros. En cuanto a la directora, bueno, ella todavía no llegaba y podía tardar mucho en moverse de un lado a otro, pues tiende a desplazarse como un ser moribundo de las catacumbas. Una vez, tardó una hora en ir de su oficina al gimnasio y eso que está a solo diez pasos. Diez pasos de hámster.

En la biblioteca, todo estaba muy bien presentado y Fifi hasta dejó una nota de bienvenida y unas galletas de chocolate para acompañar el nublado día que había.

Chomi abrió la puerta del armario para guardar la capa roja que había hurtado y, claro, tenía razón, había como veinte más. ¡No lo había notado antes! De golpe, todos nos metimos adentro, bueno, casi todos, porque Chomi se quedó fuera justo cuando arribó la directora. «Hola, niño...», le dijo, tratando de descifrar quién podría ser, pero sin tener ni la más remota idea, por eso solo le soltó una sonrisita fingida. La mujer venía muy agobiada de tanto caminar, transpiraba y no parecía querer quedarse mucho rato en la biblioteca, porque puso una cara de asco que no podía contener, era como si hubiese entrado a un basural.

—Este lugar siempre me da comezón, ¿por qué traes una sartén, niño extraño? ¿dónde está la bibliotecaria? Llegué cansadísima. Tengo mucha sed, tomaría lo que sea —dijo la mujer, muy agitada, y empezó a rascarse la papada sin el más mínimo decoro.

—¿Quiere un café? —ofreció Chomi con voz tímida, intentando guardar la sartén en su bolsillo para parecer un caballero y, a la vez, salirse absolutamente del plan.

El resto nos quedamos quietos, viendo todo lo que sucedía por la ranura. Entonces notamos que la

directora asintió al ofrecimiento de Chomi, y nuestro amigo procedió a entregarle la taza de conejitos de Fifi. «No está muy caliente, pero huele bien», dijo la sedienta directora, revolviendo el espeso y oscuro brebaje que yo ya conocía y que solo la señorita Chonchillos era capaz de beber.

—¡Ay, no! ¿Qué está haciendo, Chomi? —dije soltando mi cucharón al suelo y todos me pidieron guardar silencio, pero no pude hacerlo, el «¡crash!» se había escuchado por todos lados, y yo y mis amigos salimos del armario al mismo tiempo.

—¡¡No beba esooooo, es tinta!! —dije tratando de quitarle la taza de las manos a la amarga directora, pero no me hizo caso.

—¿Qué dijiste? ¿Pinta? No molestes, niña. ¿¿Qué hacían todos ustedes allí?! ¿Qué hacen con esos sartenes y cucharones? Rrr. Ya los pondré en orden... Primero, déjame tomar un sorbito de esto, estoy mueEERRrta de sed —dijo ella. Traté de sacarle la taza de las manos a la fuerza, pero me fue imposible, estaba pegada como ventosa a su sudorosa palma. Luego me gruñó, empinó la taza y bebió un gran sorbo a ojos cerrados.

Un sorbo repulsivo y entintado. Su boca le quedó completamente negra y hasta se lamió el bigote porque, de alguna extraña forma, lo había encontrado delicioso. Entonces tomó un poco más, hasta que por fin abrió los ojos, luego tosió, dejando un cirro gris, volvió en sí y dijo, con escándalo incluido:

—Muy bien, ahora díganme. ¿Qué hacían todos allí escondidos con cucharones, mequetrefes?! Se están ganando un pasaje directo a mi oficina y NO SERÁ BUENO.

Yo, Chomi y los demás nos quedamos en absoluto silencio porque, en ese instante, alguien más había ingresado a la sala, traía una taza y un termo con agua caliente. No portaba un cucharón y no estaba para nada contenta con la imagen que veía.

—Directora, ¿usted bebió de mi taza? —preguntó Fifi, viendo su recipiente favorito todo baboseado por la señora Acedo. Había regresado en el momento más oportuno o, quizás, MENOS oportuno, porque de pronto la directora se tomó el abdomen, se lanzó con un piquero al suelo y empezó a agitarse como un resorte descontrolado.

—¡AaaAggahhaGgAhhaghhaHh! —se quejó la agria mujer, dejando a la vista su dentadura teñida de noche y señalando a Fifi con el dedo.

—¡Vomite, vomite ese líquido ahora! —rogó Fifi acercándose a ella.

—Yo no vomito, ¡¡odio vomitaAaAarRrrrrr!! —dijo la afectada mandamás mientras rodaba sin control por toda la sala, como si fuera un monstruo marino.

—¿Qué es? ¿Qué era eso? —dijo Chomi algo nervioso, porque probablemente lo culparían de querer matar a la directora.



—¡Es tinta! ¡TINTA! —dijo Fifi, y mis amigos me miraron, incrédulos.

Lo de la tinta ya no era una broma. Le dije que había intentado advertir a la directora, pero que no me había escuchado. Tenía mucha sed...

—¡¿Qué dijeron?! —gritó la directora, tomándose el estómago todavía más fuerte y sacando la lengua para lamer una cortina, quería sacarse todo el líquido oscuro cuanto antes.

La bibliotecaria soltó un bufido feroz, se acercó a la todavía inquieta y rodante señora Acedo y la abrazó para calmarla de una vez por todas. En ese instante, sus gritos se apagaron, balbuceó algunas ofensas inentendibles para los presentes y, casi por acto de magia, cayó en un sueño profundo.

—No beberé su sangre, tranquila —le dijo Fifi, aunque solo nosotros la escuchamos, pues la directora ya se había dormido a causa del colapso nervioso. Luego, hablando bien bajo, la señorita Chonchillos nos explicó lo que haría: darle un mordisco de aquellos para quitarle toda la tinta que había absorbido.

Para iniciar la succión con cuidado, la bibliotecaria/vampira nos pidió vigilar la puerta y pronto la vimos hincar sus colmillos en el casi inexistente cuello de la directora, como si la garganta de Nelsa Acedo fuera el más blandito *muffin* horneado por la humanidad.

LA RATA ALADA

Por unos minutos, los largos colmillos de Fifi estuvieron completamente anclados al esponjoso cuello de la directora Acedo, quien de pronto parecía estar hablando en sueños las cosas más incoherentes que le habíamos escuchado en la vida y con un acento andaluz muy exagerado.

—En el mundo de las salvajes suricatas, andar en patines es de lo más común; ellas muerden a sus depredadores, lanzan dardos venenosos y luego vuelan como perplejillos murciélagos, de lo más guay...

Siguió hablando y hablando, hasta que por fin Fifi se despegó de su cuello, con los colmillos teñidos de negro. Luego, sacó un pañuelo, se limpió sus labios y dijo:

—Debí advertirles acerca de mi taza con tinta, no pensé que se la ofrecerían, pero ya está solucionado. Para cuando despierte, yo habré desaparecido. No debe saber lo que ocurrió aquí. Nadie debe recordárselo. Esto será como un mal sueño para ella y en poco tiempo se le borrará de la cabeza a ella y a cualquier adulto que me haya visto, créanme. Esto es una señal de que no puedo seguir aquí, es peligroso. Me iré ya mismo.

—¿Qué?! —dijimos todos, no podíamos concebir esa idea todavía.

—Ya me escucharon, debo irme. Una vampira con adicción a la tinta no debe trabajar en una biblioteca escolar. Ya entendí que este no es mi lugar, pero seguro que de esto saldrá una buena historia. Ustedes pueden quedarse con mis capas de repuesto como recuerdo —dijo Fifi con tono maternal.

—¡No se vaya! —dijeron Chomi y Julita.

—Es una vampira que bebe tinta, Wilo tenía razón —dijo Seco, lanzando un corchete al cielo—, y lo peor es que ahora nos deja...

—¿Y cuándo volverá? Porque volverá, ¿verdad? Quiero pedir más libros —dijo Piña con los ojos brillantes.

Fifi se quedó quieta unos segundos, se arregló sus lentes rojos, que de tanto succionar tinta se le habían enchuecado, y dijo:

—Es muy poco probable que vuelva a este lugar. A la directora no le agrado y no creo que le guste dialogar, eso se nota mucho. No puedo ponerme en peligro, ella puede hablar y hacer que me persigan a mí o a ustedes. ¡Miren! Hasta cucharones y sartenes trajeron para protegerme, no debieron hacerlo. No me gusta ponerlos en riesgo ¡Uff! Pero sí me gustó conocerlos, son un club increíble. Ya está, me voy.

En ese instante, todo el club trató de detenerla y abrazamos sus delgadas piernas para evitar que diera un paso más. Queríamos decirle cosas lindas para que se quedara, pero un rugido terrible se escuchó de fondo. La directora había despertado y, además, estaba vomitando lo que le quedaba de la oscura sustancia en el basurero que tenía más próximo.

—¡¡¿Querías matarme, novata?! ¡Hasta me mordiste como si fueras un vampiro! ¿Quién te crees? Te advierto que tengo tantas vidas como un gato —habló y se quedó hasta ahí porque vomitó de nuevo, luego siguió quejándose—. ¡Nunca me habían ofrecido un café tan rico que me hiciera tan mal! ¿Desde cuándo planearon esto, eh?

—El café no tenía nada de malo —dijo Chomi de repente, como tratando de encontrar una solución al problema—. Solo era descafeinado.

—Estoy segura de haber escuchado que tenía algo, lo dijo esa niña —dijo, señalándome a mí—, y también lo dijo Frida. Tenía tinta, tiña... ¡Tinta, eso dijeron!

—Es Fifi. Y no era tinta. Chomi tiene razón, era solo café descafeinado —dijo la bibliotecaria/vampira, siguiendo el juego de Chomi y mostrándole un tarro de café que tenía por allí—. Tal vez escuchó mal...

—¡Imposible! Todos lo escucharon —dijo la directora, repitiendo esto último incontables veces como para asegurarse de no estar alucinando.

Pero ninguno de nosotros le siguió la corriente, queríamos salir de allí sin problemas y negamos cualquier cosa vinculada a la palabra «tinta».

—Mientras usted estaba inconsciente, habló cosas bien locas, creo que debe estar estresada —dijo Fifi con un tono preocupado que sonaba muy auténtico—. Debe estar vomitando otras comidas. ¿Se siente bien? ¿La llevamos a la enfermería?

—Algo no está bien aquí... Algo intentaron hacerme, lo veo en este lugar y en sus caras. A mí no me engañan, ¡ustedes querían matarme! ¿Por qué otra razón estaría en el suelo inconsciente? ¿Por qué otra razón vendrían con cucharones y sartenes?

—Íbamos a preparar huevos revueltos por primera vez. La señorita Fifi nos enseñaría después del horario de clases, ¿verdad? —improvisé de repente.

—Claro, exquisitos huevos con tin... tubérculos. Ricos tubérculos —dijo Fifi tratando de zafar del incómodo momento.

Entonces la directora largó un salvaje grito, tomó su celular y envió el siguiente mensaje de voz: «¡Traigan a los guardias de seguridad y llévense a la bibliotecaria cuanto antes! Lo sabía. ¡Está loca! Es un peligro para la sociedad. Yo no quería a nadie a cargo de esta sala, nunca debí hacer caso a los profesores que querían tenerla aquí... No solo no tiene valores, ¡esta mujer intentó matarme! La denunciaré a las autoridades». Acabó diciendo y pronto se escucharon los pasos de unos hombres que venían a llevarse a nuestra querida bibliotecaria.

Casi por instinto, la directora empezó a sacar los libros de las estanterías y los arrojó por todos lados. No tuvo piedad y convirtió todo en un desastre descomunal. Era como ver a un cerdo revolverse en el barro, feliz de crear un magno desastre.

—Este sitio es mi última prioridad, nunca me gustó trabajar aquí. Ver tanto libro me tenía la cabeza muy mal y los niños no me dejaban en paz. ¡Nadie me dejaba en paz! Todos querían algo de este lugar. Fotocopias, impresiones, libros. ¡Yo no merecía esto, merecía ser la mandamás! Y mírenme,

¿dónde estoy ahora? Jajaja —vociferó la directora, abriendo los ojos tanto como podía.

—En la biblioteca —dijimos todos, incluyendo Fifi.

Los cinco guardias no tocaron la puerta, simplemente entraron. Estaban formados y listos para llevarse a la señorita Chonchillos. Entonces, todo el club formó una barrera humana, y ella, la bibliotecaria más valiente del planeta, sacó una de sus capas rojas, se envolvió en ella, se agachó y luego tomó impulso ¡¡Puuuff!! Una nube gris la cubrió de la cabeza a los pies. Fifi saltó hasta el techo y, de pronto, desplegó su capa para mostrar su faceta más pequeña y animal.

—¡Se transformó en una rata alada! ¡Mátenla, mátenla! ¡Es una bruja! ¿¿A dónde se fue esa mujer?? ¡¡¡AAAAH!!! ¡¡Maten esa cosAaaAa!! —ordenó la directora, sin encontrarle explicación a lo que veían sus ojos. Parecía desorientada y aturdida.

La metamorfosis ratonil había tomado a todos por sorpresa, excepto a nosotros, pues pusimos los cucharones, sartenes y la corchetera en el piso. Los cinco hombres trataron de esquivar nuestros obstáculos, pero como tenían los ojos puestos en el techo ninguno pudo con nuestros metales preciosos. Todos acabaron tropezando y cayendo duro contra el suelo, y algunos hasta quedaron con corchetes pegados al trasero por culpa de la inesperada genialidad de Seco. ¡Nada había sido en vano! La directora

estaba junto a la puerta, tratando de mantenerse en pie, mareada y toda boquiabierta; los guardias seguían asustados en el piso; y Fifi, ahora convertida en un murciélago con capa roja, estaba volviéndolos locos y nosotros le ayudaríamos a escapar.

Nuestra coordinación fue casi de gimnastas profesionales y no nos faltó determinación. Chomi, Julita y yo abrimos todas las cortinas y preparamos la huida perfecta.

—¡Vuela, Fifi, vuela! —dijimos todos, al tiempo que Seco y Piña abrieron sus ventanas favoritas de la biblioteca para que por fin la señorita Chonchillos desplegara sus alas con total libertad.

El viento soplaba fuerte y ella dejó que la paseara como si fueran amigos de toda la vida.

Ya nadie la podría alcanzar.

EPIÉLAGO

En un abrir y cerrar de ojos, los hombres salieron al patio para tratar de atrapar al vampiro, pero ya sabíamos que eso les sería imposible. Nuestra amiga había escapado victoriosa. ¡Y hasta lagrimitas nos cayeron de la emoción!

Fue sublime ver cómo Fifi se perdía entre las rechonchas nubes del horizonte lluvioso. Todos la vimos, excepto la directora, quien seguía de pie junto a la puerta sin entender nada en absoluto, estaba en trance y su frente sudaba gotas plomas. «¡Odio este lugar! Ustedes cierren, tomen la llave», fue lo



último que nos dijo ese día y en sus manos se llevó el putrefacto y vomitivo basurero.

Entonces entró un chiflón de brisa fría que nos devolvió el alma y nos hizo sentir triunfantes. El aire del exterior arribó justo a tiempo para salvar nuestras narices del hedor que la señora Acedo había dejado implantado en la biblioteca. Nos pegamos a las ventanas para oxigenarnos bien y, al mismo tiempo, despedirnos del murciélago de capa roja que era ahora Fifi Chonchillos, quien ya había dejado atrás a los guardias del colegio.

—Fifi estaría esparciendo su lavanda para sacar el olor a vómito, así que haré lo mismo en su honor —dijo Chomi, secándose las lágrimas, y pronto bañó toda la sala de ese olor que al principio odiaba, pero que ahora diría que es sinónimo de nuestra biblioteca. «Nuestra», aunque ahora la compartíamos.

Fue casi una predicción; la bibliotecaria se fue del colegio en tiempo récord. Lamentablemente, sí tuve que ver con ello, pero no por mis viejos y execrables motivos, pues a pesar de todos los contratiempos, Fifi y yo nos hicimos algo así como amigas, y ahora todo el club sentía el síndrome de la biblioteca vacía.

Con el tiempo, empezamos a realizar visitas guiadas a su guarida de descanso. Chomi se colgaba con una capa roja para hacer la demostración vampiresca; Seco y Piña hacían como que bebían la

tinta (que en realidad era chocolate caliente); Julita mostraba el libro mordido, y yo contaba cómo Fifi había cambiado nuestras vidas. Así, sin querer, los miembros del club nos convertimos en los guías no-oficiales de la biblioteca. Y jamás faltaban los curiosos y escépticos que, de todas formas, iban a pasar el rato en el lugar más limpio y perfumado del colegio. Porque sí, nosotros nos encargamos de mantenerlo limpio por laaaargo tiempo y pasaron varios meses hasta que llegó una nueva bibliotecaria, una más normal o más del gusto de la directora. No sé si decir que ella cambió en algo... pero al menos no nos llamó a su oficina, ni nos volvió a preguntar sobre lo que había pasado ese día. Sucedió como dijo Fifi, se le había borrado de la cabeza.

Mientras tanto, nosotros seguimos escribiéndole a nuestra escritora/vampira favorita por sus redes sociales para saber sobre ella. A veces, contestaba algo muy breve como: «estoy bien, muchos cariños» o «lean mucho, estoy escribiendo» y, a veces, no respondía nada más que con un emoticón de murciélago. De cualquier modo, siempre imaginamos que está haciendo muchas cosas, cosas importantes y secretas, y nos sentimos orgullosos de haber sido una pequeña parte de su larguísima historia y de la que supimos tan poco. ¿Es normal tomarle cariño así a alguien? Tal vez estuvo bien, a veces no necesitas saber mucho más sobre alguien para tomarle afecto. Esa era nuestra mayor certeza

sobre ella y, también, saber que ese viernes 29 de abril fuimos sus héroes, como ella lo fue con nosotros y nuestra biblioteca.

Hace poco supimos que terminó de escribir una nueva novela. Sólo espero que sea intrigante, extraña y divertida, como ella. Una obra sincera, escrita con el corazón, una como esta.